

«mos afligirnos y llorar por tí, pues no has muerto sino para resucitar en «la mansión celestial; y estos lugares donde has dejado tus despojos mortales, están llenos con el recuerdo de tu gloria y de tus virtudes.»

J. R. DE ARELLANO.

POR EL CONSEJO DE SALUBRIDAD.

SEÑORES:

¿Cuál es la Sociedad Médica de México que no haya experimentado el inestimable valor de los consejos del esclarecido Dr. D. Rafael Lucio? El Consejo Superior de Salubridad le debe la resolución de varias consultas difíciles que se le propusieron en distintas ocasiones, y recientemente su cooperación al mejor éxito del Congreso Nacional de Higiene. Encargado entonces de la presidencia de una de las comisiones más importantes, la relativa á higiene internacional, se pudo ver su empeño decidido en el cumplimiento de sus deberes, el amor que le tenía á su patria, y sus ideas tan arraigadas de orden y de severa justicia. Veraz y honrado, práctico sencillo y de muy buena inteligencia, llegó á ganarse la admiración de todo el Congreso, y más de una vez se vió que diversas opiniones que habian dado lugar á una discusión acalorada, se rendían aun á falta de pruebas convincentes, á la autoridad del que siempre era creído, á la autoridad del Sr. Lucio.

Pero para qué recordar más esos episodios y otros muchos del sabio ilustre, si han de aumentar más nuestro justo dolor, pues á pocos hombres hemos estimado con más sinceridad, y de muy pocos, como de nuestro maestro muy querido, hemos recibido pruebas innumerables de benevolencia, de simpatía y de cariño?

A la Academia de Medicina manifiesta el Consejo Superior de Salubridad, por mi conducto, que se asocia de todo corazón á estas manifestaciones de duelo que tienen ahora lugar en memoria del distinguido sabio.

D. ORVAÑANOS.

POR LA SOCIEDAD DE FARMACIA.

SEÑORES:

La segur de la muerte no respeta ni aun á aquellas cabezas sobre cuya frente brilla la aureola divina del talento; todas caen en la negra sima que cubren las tinieblas de la eternidad; todas se abaten delante de ese decre-

to terrible pero consolador, que nos obliga á abandonar las miserias de este mundo.

Estamos delante de los recuerdos de uno de los hombres más eminentes de nuestra patria; su memoria no se borrará jamás de la mente de aquellos que hayan seguido la historia de la Medicina en México. El Dr. Rafael Lucio pertenece á esa generación de sabios que, sin más elementos que su genio y su buena voluntad, quiso encender en nuestro suelo patrio el fanal del saber, quiso levantar un plantel en donde la ciencia de Esculapio y de Galeno tuviese un verdadero templo.

Ya han muerto todos aquellos apóstoles de la Medicina; apenas si queda uno ante cuyas canas la juventud se inclina con respeto: Pascua, el último fundador de la Escuela, compañero viviente de Río de la Loza y de Jiménez, el último que ayudó á formar toda la pléyade de ilustres médicos que son hoy el orgullo de México.

«Los Maestros se van,» podemos exclamar al recordar á Lucio en su tumba, y al dejarle allí el humilde tributo de nuestra admiración.

¡Cuarenta y cinco años de ejercer la medicina como un sacerdocio, con un desinterés á toda prueba, con una abnegación apostólica! He aquí el primero de los títulos que á la gratitud de nuestros conciudadanos, tiene ese varón preclaro que acaba de morir! ¡Cuarenta y cinco años de ejercer la medicina como un sacerdocio! ¿Qué título más hermoso para merecer el apoteosis?

¡Cuántas lágrimas habrá enjugado con su ciencia; cuántos dolores habrá calmado con el poder de su palabra; cuántos servicios habrá prestado á la humanidad aquel hombre, que siempre á la cabecera del enfermo, luchó en contra de la muerte y de la adversidad!

Su talentó le colocó entre aquellos que figuraban en las elevadas clases de la sociedad; y sin embargo, ¡curaba á los pobres! no se desdenaba de bajar á la humilde choza del necesitado y de tender su mano al desheredado, llevándole los auxilios de su ciencia.

Y aquí, cuando estamos narrando los derechos que, á la gratitud pública, tiene el MAESTRO RAFAEL LUCIO, debemos interrumpirnos un momento, para hacer comprender toda la valía de ese hombre, que la fatalidad nos ha arrebatado. Él nunca quiso ponerse á la última moda, digámoslo así, considerando á la medicina como un ministerio y no como una especulación vulgar; abría las puertas de su consultorio á ricos y á pobres, y detenía su carruaje á la humilde puerta de la casa de vecindad; él no consintió jamás en elevar la tarifa de su ciencia hasta el punto á que los grandes médicos de otras naciones la han levantado, como para apartarse del pobre y girar en esferas dignas de su alta alcurnia; él jamás permitió que los desdichados

que iban en busca de su saber, trataran con sus domésticos de escalera abajo, y con la misma amable sonrisa acogía al opulento banquero como al humilde menestral.

Allá, en los tiempos que hoy llamamos antiguos, cuando Lucio figuraba al lado de los Escobedo, de los Andrade y de los Martínez del Río, se exigía á los médicos, al tomar la toga facultativa, la promesa de curar á los pobres. ¡Con cuánta fe y con cuánta abnegación cumplió, durante su vida, el penúltimo de los directores de la Escuela de Medicina, aquel juramento que fué como la norma de su conducta profesional! ¡Qué pérdida más irreparable para los pobres!

No tan sólo los pobres lloran en estos momentos al Sr. Lucio; toda esa generación de médicos que ha formado, todos esos sabios profesores que honran el primero de los planteles de la República, se sienten conmovidos delante de la tumba del que con emoción llaman su MAESTRO, repitiéndolo como un título de honor.

¿Quién como RAFAEL LUCIO, podría gloriarse de poseer entera, á fondo, una de las ciencias que son la base de la medicina, la Patología interna?

El sabio facultativo, con su palabra fácil, galana, con su memoria prodigiosa, describía cualquiera región del cuerpo humano con tanta precisión como si estuviera delante del esqueleto ó del átlas anatómico-patológico, haciendo palpables, por decirlo así, las lesiones más íntimas del organismo.

Su avanzada edad no era un inconveniente para que ejerciera con sublime asiduidad su noble profesión; tenía de nuestra sociedad la más escogida clientela, y en las juntas adonde era llamado, su voz se escuchaba con respeto y sus opiniones se oían con interés.

Allá, en el seno de su hogar, el sabio desaparecía para ser reemplazado por el artista; en medio de su respetable familia se entregaba á proteger el estudio artístico; poseía las mejores pinturas y esculturas, porque era afecto á todo lo magnífico. Las bellas artes, en su conjunto, formaban su ideal, efecto natural y lógico de la bondad y dulzura de sus sentimientos, de la elevación de sus ideas y de su genio progresista é ilustrado.

Su intuición organizadora deja lo que podemos llamar el pedestal de su gloria; deja esta Escuela de Medicina que supo conducir, antes que el Dr. Ortega, como el diestro piloto á la nave, con tanto tino como inteligencia. Era preciso reformar el edificio, levantarlo sobre las nuevas bases del saber, seguir la obra de Durán, de aquel atleta eminentemente práctico en la enseñanza; y esto, el Dr. Lucio lo hizo de tal manera, que al ver el éxito de sus trabajos, preciso es rendir tributo á su talento. Por su gran clientela tuvo que renunciar la dirección, de la cual, en aquel entonces, el gobierno nombró como sucesor al Sr. Dr. D. Francisco Ortega. Un defecto se le

echaba en cara como maestro de la Escuela, al gran Lucio: decíase que era demasiado amable, que en medio de su benevolencia no podía dirigir con enérgica mano el importante plantel que le estuvo encomendado, y sin embargo, allí está su obra. Los que veneramos su memoria, queremos hacer resaltar aquello que sus adversarios llamaron el punto débil de su vida: su bondad y su dulzura. Rafael Lucio, siguiendo con ojo inteligente las evoluciones sublimes de la ciencia, en esta época de vertiginosa actividad, adoptó nuevos textos, organizó las materias de enseñanza, aconsejó implantar nuevas cátedras y supo conservar el orden interior de la Escuela, no imponiéndose jamás á los alumnos como un superior, sino hablándoles como un amigo. Podrá haber errado: ¿quién puede aspirar á la infalibilidad? Pudo haberse equivocado alguna vez, pero no á sabiendas, porque en aquella conciencia austera no cabía *ni la sombra de la falta*.

Muere el ilustre médico por haber sufrido una gran pérdida, la de su inolvidable compañero y pariente el Sr. Dr. D. Francisco Ortega; esto aprontó su muerte, y cae herido por la terrible Parca que lo hundió en la tumba, como ensañándose en contra del eminente sabio.

¡Duerma en paz el esclarecido Maestro! Las generaciones médicas que él ha formado se inclinarán con veneración ante su tumba, porque en ella brillará siempre la llama eterna del genio; en cuanto á la sociedad mexicana, le acordará en su memoria el envidiable saludo que, más allá de la eternidad, acompaña á los varones ilustres.

La Sociedad Médico-Farmacéutica Mexicana y la redacción de «La Voz de Hipócrates,» honraronme al instituirme su representante como orador en esta velada, que al recuerdo de Lucio se consagra; colocan por mi conducto la flor inmortal del recuerdo, sobre el mármol que cubre las cenizas del Laennec Mexicano.

FRANCISCO PATIÑO.

POR EL CUERPO MEDICO MILITAR.

SEÑORES:

Son tantos y tan altos los títulos de Lucio á nuestros homenajes, que sería vana y quimérica la pretensión de enumerarlos y analizarlos todos. Su noble figura se presentará á los ojos de la posteridad agradecida como esos grandes monumentos del arte antiguo majestuosos é imponentes, cualquiera que sea el punto desde el cual se les contemple, y que vistos de arriba, parecen cubrir todo el horizonte, y vistos de abajo parecen llenar todo el espacio.

Maravillosa fué su estructura mental y simétrico y proporcionado el des-